

Hace muchos años cuando era un seminarista, un grupo de niños de escuela primaria hicieron una visita al seminario. Ellos se quedaron para atender la misa diaria. El sacerdote que daba la misa decidió conversar con los niños durante la homilía. Ese día pasó a ser la fiesta de un Santo. En esta capilla, las grandes ventanas de la vidriera de variadas figuras estaban en lo alto de las paredes laterales y bañaban de luz la capilla con colores del arco iris. El Padre preguntó; "¿Alguien puede decirme que es un santo?" Una multitud de manos se alzaron en forma parecida como la ola de manos en un evento atlético. El sacerdote indicó a un pequeño niño. A este de repente, se le comió la lengua, y miraba ansiosamente a su alrededor, sin duda tratando de recordar lo que quería decir y de lo que estaba en la punta de su lengua. Finalmente se quedó mirando las paredes con las vidrieras y todos los diferentes colores que irradiaban hacia dentro, y espetó: "Alguien que permite que la luz brille a través de ellos." No ha habido una hay mejor definición de lo que es un santo.

Este fin de semana, Juan Bautista de nuevo ocupa un lugar central en la Liturgia. San Juan, el evangelista en el Evangelio de hoy, nos habla sobre Juan Bautista en unos pocos versos descriptivos. Cuando los líderes judíos religiosos le preguntaron a Juan Bautista, "¿Quién eres?" el responde rápidamente que él no es el Cristo, no es el Mesías prometido, ni Elías, que es el profeta que por tradición se decía que había sido llevado al cielo en un carroza de fuego y se creía que volvería a la tierra antes de la venida del Mesías, ni ninguno de los otros grandes profetas reencarnado en la historia de Israel. Así, ¿quién es el?, el mismo lo explica diciendo: "*Yo soy la voz que grita en el desierto: 'Enderecen el camino del Señor'*" (Juan 1: 23) y "*yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen, alguien que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias*" (Juan 1: 27). San Juan el evangelista resume todo cuando afirma: "Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz. ... No era él la luz, sino testigo de la luz" (Juan 1: 6-8).

Juan Bautista era como una de las figuras en las vidrieras. No era el que originaba la luz que brillaba a través de él, ni tampoco el que absorbía la luz a sí mismo. Juan Bautista era un hombre que estaba lleno de la luz de Dios que este permitió que la luz no sólo

llenara a Juan Bautista, sino también que pasara a través de él hacia los demás. Juan Bautista y su misión es un modelo para todos nosotros.

A diferencia del bautismo de Juan Bautista, que era solamente para el perdón de los pecados, nuestro bautismo nos sumerge en el misterio de salvación de Cristo que incluye, pero no es limitado, al perdón del Pecado Original. Nuestro bautismo nos transforma en el Cuerpo de Cristo e inicia una relación única y para toda la vida con Cristo y con nosotros. Como los bautizados, nosotros compartimos con la misión de Juan Bautista para anunciar la presencia de Cristo entre y dentro de nosotros. También compartimos la misión de Jesús para anunciar lo que Dios ya ha realizado y, continúa realizando, a través de la persona del Espíritu Santo que mora dentro de nosotros en el mundo de hoy. A través de nosotros, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, Dios continúa traer “el Año de Gracia”. Esta misión se clarifica con las fórmulas de conclusión de la Misa que fue recién redactados y que comenzamos a utilizar desde este pasado 27 de Noviembre: "Id y anunciad el Evangelio de el Señor ", o " Ve en paz, glorificando al Señor por tu vida". Nuestro llamado, nuestra misión, es también ser las vidrieras— permitir que la luz de Cristo nos llene y que pase a través de nosotros al mundo entero.

Cuando Jesús comienza su ministerio público, como lo vemos en cuarto capítulo del Evangelio según San Lucas, Jesús citó la primera lectura de hoy del profeta Isaías como su “declaración de misión”. Jesús ha venido a traer "la buena nueva a los pobres, a curar a los de corazón quebrantado, a proclamar el perdón a los cautivos, [y] la libertad a los prisioneros"(Isaías 61:1-2a, Lucas 4: 1ff.).

Nuestras contribuciones financieras de esta semana para el pedido anual para ayudar al cuidado de nuestros sacerdotes retirados de ordenes religiosos, hermanos y hermanas religiosos que han servido fielmente a la Iglesia durante cuarenta, cincuenta, setenta o más años y ahora nos miran como a la familia para ayudarlos; nuestra colección mensual de la "Bolsa Negra"; los incipientes esfuerzos para establecer el “Proyecto Gabriel” para las mujeres embarazadas en crisis; nuestros ministros de la comunión que llevan el Sacramento del altar y el Sacramento de su presencia a las personas confinadas en sus casas; el ministerio de visitar a los encarcelados en nuestra área; o simplemente cuando en cualquier momento cualquiera de nosotros toma el tiempo para estar con alguien que necesita de nuestra atención en palabra o simple nuestra presencia; una tarjeta para las festividades o una llamada telefónica a un ser querido o

amigo; sólo una simple sonrisa o un "hola" a un compañero de trabajo o la cajera detrás del mostrador en la tienda de comestibles—estos y otras tantas acciones son maneras de que podemos continuar con la misión de Jesús, de que seremos y somos "santos"—las ventanas de la luz.

Padre Jim Secora